

El “Cópil” del cerro del Elefante, Hidalgo: dilucidaciones sobre el personaje

Stephen Castillo Bernal

Museo Nacional de Antropología, INAH

Resumen: Se presenta un análisis estilístico y contextual de una escultura fragmentada localizada en la cima del cerro del Elefante, Hidalgo. Para algunos investigadores, el sitio de donde se extrajo la deidad es mexicana, mientras que ésta podría aludir al personaje histórico Cópil; lamentablemente, los datos de las excavaciones del sitio son nimios. En este trabajo se postula que la escultura no podría ser mexicana, sino que se asocia con la tradición tolteca tardía. Además, el sitio no podría ser el asiento de Cópil, por lo que la escultura tampoco podría ser alusiva a él. Los postulados se basan en la revisión de las fuentes históricas y arqueológicas previas. Además, se incluyen las descripciones de algunos sitios adyacentes al asentamiento, hechas durante las temporadas de campo del autor de estas líneas.

Palabras clave: cerro del Elefante, Cópil, mexicas, toltecas, estilo escultórico, geopolítica, valle del Mezquital.

Abstract: The article presents a contextual and stylistic analysis of a fragmented stone sculpture on the summit of Cerro del Elefante, an archaeological site in the state of Hidalgo, Mexico. Some researchers have identified this as a Mexica settlement and suggested that the sculpture might be an early depiction of Copil, an important figure in Aztec mythology, claims difficult to assess given the scant excavation data on Cerro del Elefante. In this article I postulate the sculpture is not Mexica, but instead associated with the late Toltec tradition. Furthermore, the archaeological site cannot be the home of Copil, making the sculpture's identification as such unlikely. The interpretations are based on a review of historical sources and archaeological reports. The work includes descriptions of some nearby archaeological sites recorded in different field seasons of my project.

Keywords: Cerro del Elefante, Copil, Mexicas, Toltecs, sculpture style, geopolitics, Mezquital Valley.

A finales de la década de 1980, Ricardo Martínez, arqueólogo del Centro INAH-Hidalgo, atendió una denuncia levantada por los pobladores de la localidad de Tunititlán. La población local recuperó, en la cima del cerro del Elefante, una lápida que representa a un personaje antropomorfo, así como una serie de clavos arquitectónicos en forma de cráneos humanos.

El investigador hizo una prospección y excavaciones en la cima del cerro (Martínez, 1994), encontrando las evidencias de un recinto amurallado de presumible temporalidad mexicana. En una de las estructuras, el arqueólogo halló una escultura antropomorfa mutilada. De acuerdo con él, el cerro del Elefante debió haber fungido como un área donde se llevaba a cabo una serie de actividades rituales por parte de los antiguos pobladores de la localidad. En un trabajo posterior, López y Fournier (2009) enuncian que la escultura descrita por Martínez podría ser la representación del personaje histórico Cópil, quien se asentó en la atalaya del cerro del Elefante para guerrear contra Huitzilopochtli.

El objetivo de este artículo es dilucidar si el cerro Texcaltepec, mencionado en la *Crónica mexicana* de Fernando Alvarado (1944), corresponde con el Texca-

tepec hidalguense (Dahlgren *et al.*, 2009). Otra problemática radica en inferir la identidad y la cronología del personaje representado en la lápida, a partir de la evidencia arqueológica e histórica disponible para la región de estudio (Martínez, 1994; López y Fournier, 2009; Acuña, 1985). Este ejercicio permitirá, además, reconstruir un poco más la geopolítica de esta zona del Valle del Mezquital durante el Posclásico mesoamericano.

El área de estudio

La localidad de Tunititlán se encuentra en la parte centro-este del estado de Hidalgo y pertenece al municipio de Chilcuautla. Colinda al norte con Ixmiquilpan, al este con Progreso de Obregón, al sur con Mixquiahuala de Juárez y al oeste con Alfajayucan y Chapantongo (INEGI, 2009). La localidad se encuentra asentada prácticamente en las faldas y en las laderas del cerro del Elefante, elevación que le otorga identidad al poblado (figura 1).

Los trabajos arqueológicos en la región únicamente se remontan al rescate de Martínez (1994) en la cima del cerro del Elefante. Los esfuerzos regionales de Guadalupe Mastache, Robert Cobean y Ana María Crespo

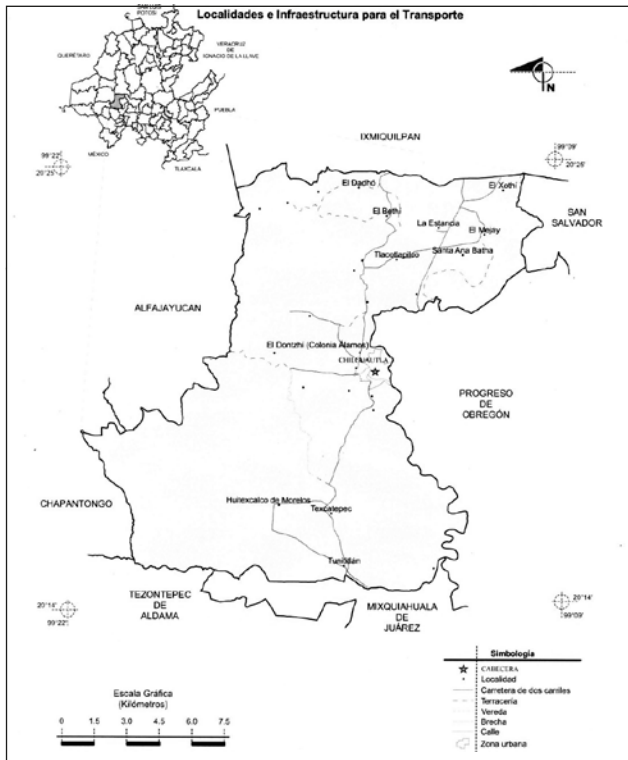


Fig. 1 Municipio de Chilcuautla, Hidalgo. La localidad de Tunititlán se halla en el extremo sur del municipio. Fuente: tomado de INEGI, 2009.

por el Proyecto Tula (Mastache y Crespo 1974; Mastache *et al.* 2002) únicamente llegaron a los límites sureños del municipio de Mixquiahuala de Juárez, en tanto que los trabajos arqueológicos de Fournier y Bolaños (2000) tuvieron como límites las localidades de Tepeitic y de Tezontepec de Aldama.

Fue hasta 2014 cuando se comenzó a trabajar la región en el marco del Proyecto “Arqueología de las comunidades de la Región de Tula, Hidalgo” (MNA-INAH), específicamente la zona de Tunititlán y las regiones vecinas. En 2014 se practicó un recorrido de superficie en la cara sur y oeste de cerro del Elefante, así como al oeste de la localidad de Tunititlán (Castillo *et al.* 2014). Durante los dos años siguientes se recorrieron las áreas de Santa María Bathá, Tepeitic y Huitexcalco de Morelos, poblados ubicados al oeste de Tunititlán y pertenecientes a los municipios de Tezontepec de Aldama, Mixquiahuala de Juárez y Chilcuautla (Castillo *et al.*, 2015). Lo anterior se efectuó para dilucidar la geopolítica rural de esas zonas periféricas de la región de Tula (Castillo *et al.*, 2015; Castillo *et al.*, 2017) y para inferir el papel de estas comunidades agroartesanales con la hegemonía regional de la ciudad de Tula. Durante esas últimas temporadas se excavaron dos sitios rurales, una unidad doméstica epiclásica y un probable conjunto tolteca de casas-habitación (Castillo *et al.* 2015; Castillo *et al.* 2017).

La región de estudio se encuentra enmarcada en el área cultural del Valle del Mezquital, la cual debe su nombre a las especies vegetales de la zona: mezquites, así como cactáceas y garambullos; el calor en la zona es intenso y en algunas zonas se carece de agua (INEGI, 1992; Fournier, 2007). De acuerdo con esa última autora, lo que le otorga identidad al Valle del Mezquital es el complejo económico del pulque, vinculado directamente con la alfarería; tal actividad permitía a muchos actores sobrellevar la falta de agua. No obstante, es factible que este “modo de vida otomí” no sea generalizado a toda la macroárea cultural. En efecto, existen zonas del valle que no acusan una profusa desertificación, pues el río Tula, que, aunque se declaró contaminado desde 1970 (Conagua y BGS, 1998), en la época prehispánica debió ser una fuente inagotable de agua, al menos para las colectividades asentadas en sus inmediaciones. De hecho, la región de Tunititlán se encuentra próxima a ese río, y por la cara oeste del cerro del Elefante aún existen algunos manantiales (figura 2).

El cerro del Elefante, radiografía de un hallazgo fortuito

Como advirtió Martínez (1989, 1994), la cima del cerro del Elefante debió haber sido un espacio ritual preponderante en la región. Los trabajos desplegados por el investigador consistieron de un recorrido de superficie, dividiendo el área en cuatro sectores que a continuación se describen (figura 3).

El primer sector se encuentra al noreste y se trata de “una plataforma que sustenta tres unidades habitacionales, cuya disposición forma un patio central,

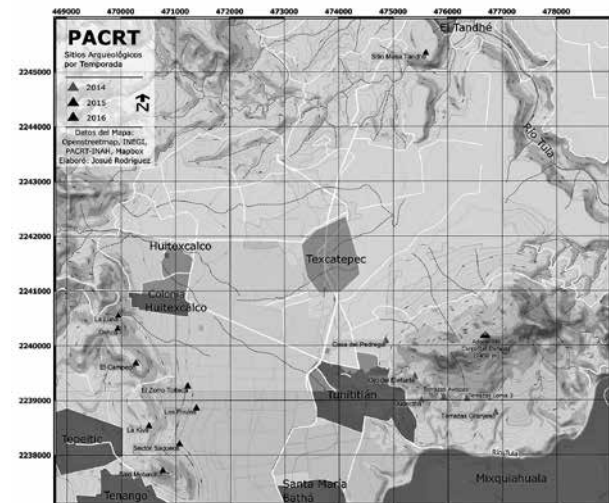


Fig. 2 Sitios arqueológicos detectados durante las tres primeras temporadas del Proyecto Arqueología de las Comunidades de la Región de Tula (PACRT). Se aprecia el adoratorio del cerro del Elefante. Fuente: PACRT, digitalizado por Josué Rodríguez.

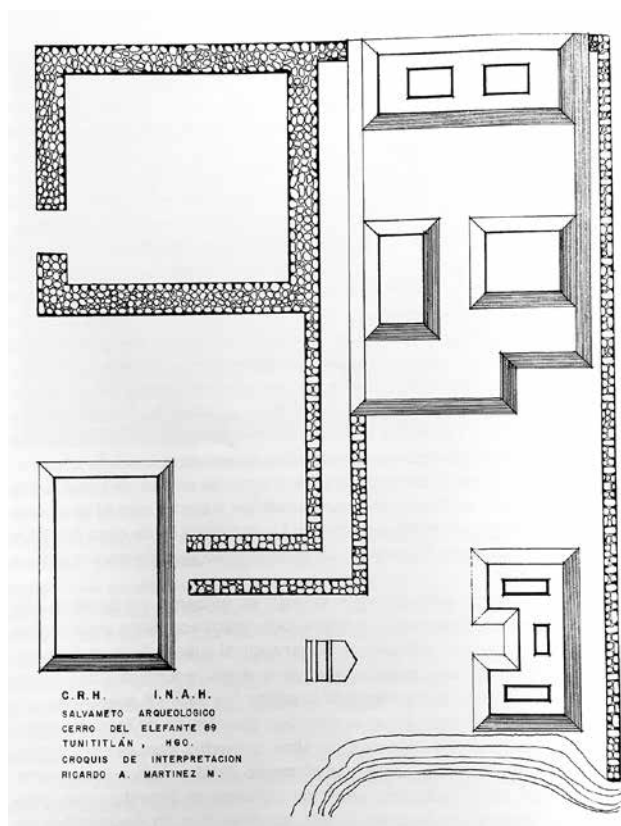


Fig. 3 Croquis del recinto del cerro del Elefante.
 Fuente: Martínez (1994).

abriéndose hacia el sur una gran nivelación, que es la plaza central del sitio” (Martínez, 1994: 143). Al oeste de esta construcción se encuentra otra edificación que, siguiendo a Martínez, corresponde al conjunto número dos:

[...] formado por tres construcciones: una plataforma que sustenta tres unidades, posiblemente habitacionales, al extremo oeste. La plataforma, cuya forma es alargada, tiene treinta metros de largo por cinco de ancho. Un montículo mayor se localiza al este, y al sur de este montículo y al este de la plataforma hay otro montículo prehispánico con restos de una construcción posterior, es decir, presenta evidencias de destrucción no moderna (Martínez, 1994: 144).

El tercer conjunto se encuentra en la parte sureste del croquis, y consta de un montículo aislado. La última construcción del emplazamiento está ubicada en la parte suroeste, y se trata de un recinto de tecorrall “formado por cuatro muros muy anchos de dos a tres metros de espesor y dos metros de altura; sus dimensiones son de treinta por treinta metros, y hacia la esquina sureste se encuentra un acceso no mayor de ciento cincuenta metros de abertura, que es el único en todo el recinto. La orientación del conjunto es de

269° acimutales” (Martínez, 1994: 144). Esta última construcción es conocida por los pobladores como “Iglesia Vieja”. De hecho, cada 12 de febrero la gente local, así como personas de otras poblaciones aledañas, ascienden a la cima del cerro con la finalidad de escuchar una misa. La noche previa al acto religioso, la gente que sube al cerro a celebrar una fiesta que incluye baile, comida y bebida. Evidentemente, estas acciones han ido abonando en la paulatina destrucción del sitio.

En el interior de la última estructura referida fue donde se recuperó la escultura que tentativamente representa a Cópil. Retomamos nuevamente a Martínez (1994), quien señala que la escultura, pese a haber sido registrada en el centro de la construcción, “no se encontraba en el lugar original cuando la encontramos; la gente del pueblo la había movido ‘para ver qué era’, encontrándose vuelta hacia abajo” (Martínez, 1994: 145). Finalmente, en el derrumbe del tecorrall se encontraron algunos cráneos humanos de tezontle que fungieron como clavos arquitectónicos, “algunos de ellos cubiertos con estuco” (Martínez, 1994: 145). Otros elementos recuperados por Martínez (1994) fueron unas esculturas de piedra que, según sus planteamientos, recuerdan los caracoles cortados del Coatepantli de Tula. No obstante, la superficie sobre la que se encontró la escultura era completamente plana y el contexto presentaba “[...] grandes bloques de muros de cal y de tezontle que sugieren la existencia de una construcción colonial. Esto último apoyaría la hipótesis de una construcción prehispánica importante que fue destruida para utilizar los materiales en una posterior construcción” (Martínez, 1994: 145).

En total se excavaron cuatro pozos de sondeo en el interior del recinto, partiendo del piso de ocupación histórico. Pocos fueron los materiales recuperados, pero se llegó a un piso de estuco muy bien definido, “delimitado por un muro muy grueso (de 50 cm de ancho) hecho de cal y tezontle” (Martínez, 1994: 146). Los materiales recuperados en los sondeos fueron escasos y erosionados y, aunque Martínez no menciona los tipos concretos, es probable que se trataran de tiestos Coyotlatelco, Mazapa-tollan y Azteca II, pues tales fueron los que el autor indica que se recuperaron en la superficie de la estructura. De hecho, quizá la temporalidad prehispánica del asentamiento fluctúe entre el Posclásico temprano y el tardío, ya que Martínez hizo otras calas de aproximación en el montículo mayor del conjunto dos. Mediante ellas, el arqueólogo comisionado por el Centro INAH Hidalgo halló, en el exterior del talud este:

[...] material de relevancia, tratándose de fragmentos de figurillas Mazapa y de vasos Tláloc muy burdos, así como restos de cerámica Azteca II. En el resto del edificio

los saqueadores no dejaron nada, excepto los materiales monocromos muy erosionados y fragmentados y los restos de un entierro muy destruido que no proporciona mayor información (Martínez, 1994: 147).¹

Hasta el momento se desconoce el paradero de los materiales recuperados por Martínez. No obstante, gran parte de los cráneos estucados, así como la escultura de la Iglesia Vieja se encuentran en la escuela secundaria de Tunititlán. Sin embargo, los cráneos fueron empotrados con cemento en un muro que delimita la cancha de basquetbol. Afortunadamente la escultura no ha sido intervenida. En la bodega del plantel se pueden apreciar otros elementos arquitectónicos, como remates con glifos que, con mucha seguridad, formaron parte de la decoración de los edificios.

El recinto amurallado del cerro del Elefante, pese a que se encuentra alterado por las congregaciones que se celebran en él, aún permite perfilar algunas exploraciones arqueológicas, al menos en los sectores sureste y noreste. En la actualidad se evalúa la puesta en marcha de un proyecto de exploración para las dos estructuras, cuya información podrá abonar en un mejor entendimiento de la secuencia ocupacional del cerro del Elefante (figuras 4, 5 y 6).

La escultura

La escultura recuperada en la Iglesia Vieja fue labrada sobre roca basáltica (Hernández, 2010b). Consta de “una figura masculina decapitada y de pie. En una parte del cuello se observan los restos del collar; en el centro del plexo solar tiene una oquedad rectangular muy bien realizada” (Martínez 1994: 145). El personaje presenta, además, sus brazos extendidos y las piernas separadas, “con las pantorrillas semidobladas hacia adentro, sugiriendo movimiento” (Martínez, 1994: 145). La entidad presenta un *máxtlatl* y unas sandalias. Otro atributo digno de resaltar es que el personaje no presenta indumentaria sobre el torso, dejando ver sus pechos; tampoco se talló ningún elemento en la parte posterior.² El torso descubierto puede abrir la

1 Desafortunadamente el informe técnico de las labores de Martínez no ha podido ser hallado por el autor de estas líneas, ni en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología (ATCNA), ni en el Archivo Técnico del Centro INAH Hidalgo. Es importante encontrarlo para corroborar la información tocante a los materiales cerámicos. Sin embargo, la loza que reporta Martínez en las calas del conjunto dos son completamente mexicas; por ejemplo, el tipo Abra Café Burdo se caracteriza por dar forma a braseros toltecas y, aunque presentan una variedad tipo Tláloc, son sumamente grandes como para confundirlos con un vaso. En todo caso, los vasos Tláloc identificados por Martínez bien pudieran ser las vasijas uema, versión local de las vasijas Tláloc, y que presentan un acabado de superficie alisado y burdo, aunque incorporan parte de la imaginería morfológica de la deidad.

2 No se ofrece una imagen posterior de la estructura debido a que no se contaba con el permiso de maniobra por parte de las autoridades de la secundaria de Tunititlán.



Fig. 4 Conjunto sureste del cerro del Elefante. La construcción no fue explorada por Martínez y aún en superficie se aprecian grandes bloques de estuco. Fotografía: Stephen Castillo Bernal.



Fig. 5 Cara norte del conjunto noreste del cerro del Elefante. La construcción no fue explorada por Martínez. Fotografía: Stephen Castillo Bernal.



Fig. 6 Iglesia Vieja o conjunto suroeste del cerro del Elefante. En su interior se halló la escultura motivo del artículo. Fotografía: Stephen Castillo Bernal.

posibilidad de que la escultura no aluda a un varón, sino a una mujer. La representación mide 1.5 metros de altura por 75 centímetros de ancho y 20 centímetros de espesor (figura 7).

De acuerdo con la descripción de Martínez, “la escultura es de gran fuerza a pesar de lo toscamente trabajada; se diría incluso que se encuentra en proceso de trabajo” (Martínez, 1994: 145). Puede que Martínez tenga razón, esto es, que la figura no haya sido culminada. No obstante, también es necesario tomar en consideración otra idea. La imaginería mexicana o tolteca de las áreas periféricas demuestra estilos que se alejan de los llamados “citadinos”, frecuentes en las capitales; esto quiere decir que el hecho de que la imaginería de “frontera” no se homologue estilísticamente con las creaciones urbanas, no significa que no sean parte del mismo bloque cultural (Bertina Olmedo, 2017, comunicación personal). Son estilos distintos, uno más ciudadano o, si se quiere, más imperial, contra uno más tosco, periférico, rural (Olmedo, 2001-2002). Carlos Hernández (2010b) hizo otra somera descripción de la escultura del Elefante, argumentando que su estilo no es enteramente mexicana, y que pudo ser obra de los otomíes de la región.³ Esto reafirmaría la hipótesis de que la estela acusa un estilo de “frontera”.

Si nos atenemos a la imaginería tolteca plasmada en diferentes rocas, veremos que una de sus características es el estilo tosco y rígido, sobre todo cuando son representadas frontalmente (De la Fuente *et al.*, 1988; Jiménez, 1998), pues en otras creaciones toltecas, como las lápidas de dignatarios del Palacio Quemado, los personajes principales acusan un movimiento manifiesto (Acosta, 1956, 1957). De hecho, al contrario que Martínez, postulo que la escultura no se encuentra en movimiento, sino más bien que se halla estática. Recordemos a los colosales atlantes de Tula, que, a pesar de que representan al guerrero ideal de la toltequidad, acusan una rigidez casi hierática (Acosta, 1943). De acuerdo con De la Fuente (1990: 48), los atlantes toltecas “son rígidos al extremo y carentes de individualidad, al punto que sugieren haber sido fabricados en serie; los elementos propios de su atuendo [...] revelan siempre corte recto para el relevado y no se aprecian modulaciones. Su mayor efecto visual



Fig. 7 Escultura del cerro del Elefante. Fotografía: Josué Rodríguez.

reside en su monumentalidad, que se refuerza por la altura del sitio en que estuvieron colocadas”. Así, la mayoría de la imaginería escultórica tolteca presentó esta característica: rigidez y monumentalidad.

Otras esculturas toltecas acusan similares posiciones. En su estudio estilístico, Elizabeth Jiménez identifica tres estelas toltecas que superan el metro y medio de altura. Las estelas presentan relieves antropomorfos erguidos, con elaboradas vestimentas y armamentos. “Debido a estas características, se las ha considerado estelas, pues posiblemente hayan tenido esa función arquitectónica” (Jiménez, 1998: 135). Así, es factible que la escultura del cerro del Elefante haya sido una estela, pues recordemos que la cabeza del personaje fue intencionalmente mutilada; aunque sus atributos estilísticos son mucho más modestos que los de las estelas toltecas descritas por la investigadora.

Por ejemplo, la llamada estela rosa, resguardada en la Sala Tolteca del Museo Nacional de Antropología, representa a un guerrero ricamente ataviado; la disposición de las piernas de esa representación recuerda, vagamente, al personaje desconocido del Cerro del Elefante. Otro guerrero tolteca, ataviado también con un elaborado traje y un tocado con la representación del numen Tláloc, acusa la rigidez característica de esta colectividad del Posclásico (figuras 8 y 9).

³ Sin embargo, Hernández (2010b) asume que la estela sí fue de temporalidad mexicana: “El recinto ceremonial del cerro del Elefante fue construido para rendir culto a los dioses aztecas, después de la conquista de Mixquiahuala por Moctezuma I en 1440. Esta conquista aparece representada en la lámina VIII del *Códice Mendocino*. La estela pudo haber sido tallada de 1400 a 1521 d.C., cuando esta región estaba sujeta a México-Tenochtitlan”. Hernández (2010a) fotografió una pequeña escultura femenina que representa, según el investigador, a una *chhuateteo* o mujer nahua muerta en parto. La escultura fue recuperada por un residente de Tunititlán, en “una ceja del cerro, a unos 50 metros del centro ceremonial”. La representación escultórica de esta entidad fantástica mexicana ha fortalecido la hipótesis de Hernández de que la ocupación del cerro del Elefante se haya dado en el Posclásico tardío. Aun así, la escultura muestra nuevamente el estilo de frontera que presenta la estela del Elefante.



Figs. 8 (izq.) y 9 (derecha) Estelas toltecas con representación de guerreros estilizados. Nótese la rigidez de su postura. Fuente: Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura / INAH / CANON.

La tercera estela descrita por la arqueóloga se encuentra resguardada en el Museo Acosta de la Zona Arqueológica de Tula, Hidalgo. Muestra a un guerrero barbado profusamente ataviado, con un moño de tres cintas y un tocado con la representación del dios Tláloc.⁴ Al igual que con las dos creaciones anteriores, la disposición de las piernas recuerda vagamente al ignoto personaje del cerro del Elefante (figura 10).

En su catálogo escultórico, De la Fuente *et al.* (1988: 149-153) mencionan, además de las estelas referidas, tres creaciones más. La primera representa a un jugador de pelota, recuperado en el Juego de Pelota I de Tula, profusamente ataviado, y la segunda a un personaje representado de frente, aunque de éste no se aprecia la parte inferior; la tercera se comentará después. El personaje de la primera pieza se encuentra representado de costado, además la imagen acusa un movimiento manifiesto al ser un jugador de pelota; por otra parte, la segunda estela muestra a un dignatario tolteca en actitud estática. Lamentablemente, sus piernas no pueden percibirse, por lo que ninguna de las dos figuras sirve de marco comparativo con la estela recuperada por Ricardo Martínez en Tunititlán (figuras 11 y 12).

La tercera pieza que menciona De la Fuente *et al.* (1988: 152-153) se vincula más con la estela del cerro del Elefante. Se trata de una estela albergada en la Zona Arqueológica de Tula en la que se representa a una mujer, muy probablemente de la élite. Se labró a la mujer de frente y cuenta con un tocado curvo de cuya parte superior emergen tres franjas; “lleva falda hasta los tobillos, y un cinturón del cual descenden dos tiras seccionadas a lo ancho y terminadas en flecos” (De la Fuente *et al.*, 1988: 152). Un detalle que resalta es que la mujer porta una especie de collar y se aprecia sobre él lo que De la Fuente *et al.* (1988: 153) conciben como discos: “Sobre el pecho tiene dos grandes discos que podrían ser parte de un pectoral”. Finalmente, “es posible que con la mano izquierda tome dos lanzas que se ven juntas y dispuestas verticalmente, en la parte inferior del mismo lado” (De la Fuente *et al.*, 1988: 153) (figura 13).

Esta última escultura guarda ligeras semejanzas con la lápida del cerro del Elefante. Una de ellas es, indudablemente, su rigidez. No obstante, podría caber la posibilidad de que los dos discos que porta la mujer de la estela de Tula sean, más bien, la representación de sus pechos. Si ello es así, la estela guarda importantes semejanzas con la del cerro del Elefante, reforzando



Fig. 10 Lápida de guerrero de Tula. Fuente: tomada de Jiménez (1998: 136, figura 52).

⁴ De acuerdo con Cobean *et al.* (2012), las esculturas descritas por Jiménez (1998) corresponden al periodo 2B de Tula Grande, aproximadamente entre el 900 y el 1150 d.n.e. Además, durante ese periodo, los “atlantes, los pilares con figuras humanas en bajorrelieve, los chacmooles, los aros de juego de pelota, varias lápidas y la mayoría de portaestandartes y atlantes pequeños fueron labrados en basalto” (Cobean *et al.*, 2012: 156).



Figs. 11 (izq.) y 12 (derecha) Lápidas de jugador de pelota y de dignatario tolteca. Fuente: tomadas de De la Fuente *et al.* (1988: figuras 101 y 102).



Fig. 13 Lápida de dignataria tolteca. Fuente: tomada de De la Fuente *et al.* (1988: figura 103).

la hipótesis de que el personaje plasmado en la roca haya sido femenino.

Los mexicas, más tarde en el tiempo, emularon parte de la imaginería escultórica tolteca, para así legitimar su poderío (De la Fuente, 1990). Uno de los ejemplos más conocidos que aluden a esta toltequidad son los atlantes mexicas o la Casa de las Águilas de Mexico-Tenochtitlan, construcción que recrea el estilo y las banquetas del Palacio Quemado de Tula (López Luján, 2006). Si bien estas esculturas emulan las representaciones toltecas, su estilo es más depurado y realista que el de las creaciones de esta antigua civilización. Por ejemplo, los atlantes mexicas únicamente emulan al guerrero tolteca, pero su funcionalidad es completamente diferente al de los atlantes de Tula (De la Fuente, 1990: 48). Aunado a ello, las imitaciones mexicas presentan una marcada movilidad (figura 14).

Para el autor de estas líneas, es probable que la escultura de Tunititlán se haya tallado en la época final tolteca, aproximadamente entre los años 1100 o 1200 d.n.e. Ése es un periodo difícil de detectar arqueológicamente en la región (Fernando López, 2015, comunicación personal), pues la mayoría de las evidencias posclásicas se remiten al apogeo tolteca o mexica. Sin embargo, probablemente durante el colapso de Tula, algunos grupos mexicas hayan coexistido con los toltecas (Robert Cobean, 2013, comunicación personal); ello no es descabellado, pues algunas unidades domésticas excavadas en la región de Tula han expuesto esas dos secuencias ocupacionales (Fournier y Martínez, 2010: 212).⁵ Precisamente estos problemas cronológicos son los que tornan relevante excavar algunos de los montículos del cerro del Elefante que no fueron explorados por Ricardo Martínez.

Lo anterior se postula tomando como base las propuestas de estilos escultóricos detectados por diversos estudiosos de la escultura mexicana. De acuerdo con

⁵ Algunas unidades domésticas excavadas en el área de Tepetitlán han corroborado la coexistencia de materiales cerámicos mexicas y toltecas (Fournier y Martínez, 2010). Además, en la unidad doméstica excavada en Tepeitic por el autor de estas líneas se evidenció un conjunto habitacional con fuerte presencia artefactual tolteca, pero en estratos más profundos se notó la presencia de tiestos mexicas acompañando a los primeros, por lo que cabe la posibilidad de que el asentamiento primeramente haya sido del Posclásico temprano y posteriormente tuviera ocupación mexica o, por el contrario, que ambos grupos sociales hayan compartido el espacio (Castillo *et al.*, 2017). Otra hipótesis es que el aposento fue completamente mexica y que los materiales toltecas fueron empleados para la construcción del aposento, lo cual sería cuestionable, pues esta loza debería ser hallada mayoritariamente en estratos profundos o como parte de los rellenos del mogote habitacional. La aparición de tiestos mexicas en estratos profundos se debe, probablemente, a una reutilización del espacio, aunado a que es factible que la unidad doméstica haya sido saqueada desde épocas precolombinas, ya que se notó una pequeña fosa, aún no excavada, por la cual se infirió que en ese lugar se inhumó o exhumó algún bien, ya que se detectaron golpes en las rocas careadas que delimitaban un altar central. Ahora bien, si se saquearon ciertos elementos de estratos profundos, cabría la posibilidad de que la remoción haya sido mexica y que en su acción trasladaran hacia estratos más recientes los materiales toltecas, lo cual permitiría inferir que la fundación relativa del conjunto de casas excavado fue tolteca.



Fig. 14 Atlante mexicana. Fuente: Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura / INAH / CANON.

varios investigadores (López Austin y López Luján, 2001; Umberger, 2007), existe un estilo imperial mexicana. Umberger lo define de la siguiente manera:

Una combinación de monumentos encontrados arqueológicamente en el Templo Mayor y esculturas asociadas con nombres y fechas jeroglíficas, proporcionan evidencias del desarrollo final de estilos refinados distintos después de 1450, que como grupo comprenden lo que llamo el estilo azteca imperial tardío. Los rasgos distintivos incluyen partes del cuerpo redondeadas hasta parecer hinchadas; áreas escogidas con detalles anatómicos (rodillas, tobillos y huesos de la muñeca); un énfasis exagerado en manos, pies y cabezas mediante el aumento y la presencia de detalles de la anatomía y el vestido en tres dimensiones; un tipo facial distintivo con una línea de pelo baja, nariz carnosa, y labios ligeramente partidos; superficies perfectamente pulidas y formadas; el esculpido de detalles de los vestidos antes del pintado; abstracciones conscientes de planos y líneas; contrastes deliberados y sofisticados y paralelismos entre ellos; y contrastes entre superficies planas y detalladas. Estos son los aspectos que hacen los estilos imperiales tan fácilmente reconocibles (Umberger, 2007: 169).

Por su parte, López Austin y López Luján (2001) aluden al Chac Mool mexicana que se exhibe en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología como uno de sus ejemplos imperiales. Sus formas redondeadas, su estilo naturalista, así como el detalle decorativo del numen lo sitúan dentro de esta clasificación (figura 15). Los mismos autores identifican un estilo temprano de chac mool. Este ejemplar, perteneciente a la Etapa II del Templo Mayor y recuperado frente a la capilla dedicada Tláloc, "se caracteriza por el esquematismo, la angulosidad, la aspereza de las superficies y la desproporción corporal, propiedades éstas que contrastan con la delicada talla y el realismo del *chacmool* tolteca y, sobre todo, del mexicana imperial" (López Austin y López Luján 2001: 68) (figura 16).

De acuerdo con Umberger (2007), es difícil conocer los procesos productivos para la escultura mexicana labradas fuera del recinto imperial, esto es, las esculturas talladas para los dignatarios locales o para la gente común de las provincias rurales. Sin embargo, lo que puede apreciarse, desde la mirada de la investigadora, es un eclecticismo estilístico que muestra algunos patrones de la plástica imperial mexicana, aunque con variaciones que se potenciaban desde las periferias rurales, y están relacionadas con la calidad de las materias primas o las técnicas de acabado de superficie. De la misma forma, es necesario tomar en consideración que los artesanos especializados eran mayoritariamente contratados por las élites del recinto imperial y que difícilmente ellos podrían tallar también las esculturas de las áreas periféricas. Según la autora, los estilos escultóricos comprendidos entre 1431 y 1450 representarían un estilo imperial temprano, no tan depurado como el imperial.



Fig. 15 Chac Mool mexicana de la etapa imperial. El personaje representa al dios Tláloc. Fuente: Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Secretaría de Cultura / INAH / CANON.



Fig. 16 Chac Mool mexicana de la Etapa II. Nótese la desproporción corporal del personaje. Fuente: tomado de De la Fuente (1990).

Volvamos al cerro del Elefante. La rigidez de la escultura, su tallado poco profundo, los nulos atavíos detectados en la figura, así como la carencia del rostro del personaje tornan más difícil dilucidar su temporalidad y su identidad. No obstante, es claro que la lápida es demasiado tosca como para ser catalogada dentro del corpus escultórico imperial mexicana; incluso tampoco rivaliza con los estilos tempranos de la misma colectividad. Tampoco le hace justicia a las creaciones toltecas de su época de esplendor, sobre todo por la simpleza de su atavío. Al respecto es necesario retomar a Umberger (2007: 177), pues indica que “había diferencias de talento incluso entre artistas que trabajaban [...] para el mismo Tenochtitlan [...] O los artistas que eran enviados por los gobernantes de Tenochtitlan a estos lugares no eran del mismo talento o la población local entrenada por ellos no era tan sofisticada como sus maestros”. Así, es plausible que, como argumentaba Martínez (1994), la creación quedara inconclusa. Aun así, la rigidez de la figura la acerca más a la esfera tolteca, aunque su cronología sigue siendo un misterio, pero como ya se comentó, esta propuesta es hipotética y, por ende, susceptible de modificarse a partir de la evidencia empírica.

Las fuentes escritas y el Texcaltepetl

La peregrinación de las tribus mexicas ha sido documentada en diferentes fuentes históricas, como la *Crónica mexicana* (Alvarado, 1944) o la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme* (Durán, 1967). Para efectos de esta discusión interesan los datos concernientes a la separación entre el dios

tutelar de los mexicas, Huitzilopochtli, y su hermana, Malinalxóchitl. Ambos personajes protagonizan una crucial historia mítica para la colectividad mexicana, pues el hijo de Malinalxóchitl, llamado Cópil, enfrentó a Huitzilopochtli, pero fue derrotado. Su corazón fue utilizado para marcar la tierra prometida, pues de ese órgano creció un nopal en cuya cima se hallaría un águila devorando a una serpiente, señal del recinto imperial de Mexico-Tenochtitlan (Dahlgren et al., 2009).

De acuerdo con la *Crónica mexicana*, de Fernando Alvarado Tezozómoc, cuando las tribus mexicanas peregrinaban en busca de un hogar comandadas por el espíritu de Huitzilopochtli, llegaron a

Mechoacan, y hacer asiento en él, dejando y sembrando siempre de su descendencia y generación [...] *La hermana mayor que allí quedó con ellos llamada Malinalxoch, que se intitulaba de ser hermana del dios Huitzilopochtli, venía con ellos, después de haber consolado a los que quedaron en la parte de Mechoacán, los padres antiguos de ellos, los más ancianos la traían en guarda, y habiéndose quedado dormida en un monte, la dejaron por ser de mala desistion [condición] con muchos resabios usando con ellos de sus artes, con que mataba a muchos de ellos, pues mirando a una persona, a otro día moría, y le comía vivo el corazón [...] causaba muchas muertes y usaba el arte de la bruja [...] y por esta causa el dios Huitzilopochtli permitió no traerla en compañía de los mexicanos, que la dejaron dormida en un camino* (Dahlgren et al., 2009: 67-68; cursivas añadidas).

Esa misma fuente indica posteriormente que

Recordada la *Malinalxoch*, comenzó a llorar y plañir raramente, y dijo a sus padres que allí quedaron con ella: *Padres míos ¿adónde iremos, pues que con engaño manifestado me dejó mi hermano Huitzilopochtli? ¿Por dónde se fue, que no veo rastro de su ida, y aquellos malvados con él? Sepamos a qué tierra fueron a parar, adónde hicieron asiento, porque no sé a qué tierra, que toda está ocupada y embarazada y poblada de gentes extrañas, y así vieron, el cerro de la gran peña llamada Texcaltepec, y allí fueron a hacer asiento y lugar; llegaron a los naturales y vecinos de aquel lugar llamados texcaltepecas, rogáronles les diesen asiento y lugar en aquel peñasco, y los vecinos de allí fueron contentos de ello, y la Malinalxoch estaba ya preñada y en días de parir, y donde algunos días parió un hijo que le llamaron Cohuil (Cópil) estando de asiento en términos de Tezcaltepec* (Dahlgren et al., 2009; cursivas añadidas).

Por su parte, los hombres y los sacerdotes que apoyaban a Huitzilopochtli llegaron a otra elevación, el mítico cerro Coatepec, ubicado cerca de la otra

arquetípica: Tula.⁶ En la *Crónica Mexicayotl* de Alvarado Tezozómoc se vuelve a asentar cómo Huitzilopochtli abandona a Malinalxóchitl por ser maléfica y “vinieron [...] a salir allá por Coatepec, hacia Tullan” (Dahlgren *et al.*, 2009: 74). Tal como se ha asentado, la hermana de Huitzilopochtli encuentra morada en Texcaltepec y posteriormente da a luz a su hijo “varón y de nombre Cópil, cuyo padre era llamado Chimalcuauhtli, rey de Malinalco. Los demás se asentaron en Coatepec, que desde entonces se aparecieron allí los mexicanos chichimecas, de que se azoraban los aborígenes otómies” (Dahlgren *et al.*, 2009: 75).

Los mexicanos que apoyaban a Huitzilopochtli continuaron con su peregrinación hasta llegar a Chapultepec. Estaban próximos a llegar a la tierra prometida por el dios.

A la llamada Malinalxoch, la hermana de Huitzilopochtli, le dijo su hijo, el llamado Cópil: ¡Oh madre mía, sé bien que existe un hermano mayor tuyo”; y díjole ella “¡Pues sí!, existe un tu tío, de nombre Huitzilopochtli, que cuando me abandonó secretamente en el camino me dejó dormida precisamente, y por ello nos asentamos después aquí en Texcaltepec; y de inmediato dijo Cópil: “Está bien, oh madre mía; puesto que ya lo sé iré a buscarle adonde se fue a acomodar, a asentarse, e iré a destruirle (Dahlgren *et al.*, 2009: 76-77).

La batalla crucial entre Cópil y Huitzilopochtli se gestó en Tepetzinco, donde el primero fue capturado. “En cuanto murió le degolló [Huitzilopochtli] al punto, le abrió el pecho y le tomó el corazón; y la cabeza la puso sobre el cerrito que es ahora el lugar llamado Acopilco, y allí murió la cabeza de Cópil” (Dahlgren *et al.*, 2009: 77).

Fray Diego Durán (1967: 29-43) narra hechos similares, aunque en su versión la hermana maléfica de Huitzilopochtli se fue a asentar a Malinalco. El relato coincide en que su hijo Cópil enfrenta al dios patrono mexica, es vencido y sacrificado. Su corazón sirvió de mojonera para la fundación del recinto imperial mexica.

Las fuentes escritas dan fe de un hecho mítico que, al parecer, se materializó arqueológicamente. Como veremos más adelante, algunos investigadores han propuesto que el Coatepec, lugar de nacimiento y

asiento temporal de Huitzilopochtli, corresponde al cerro Hualtepec (Yamil, 2014). La cuestión es precisar si el mito se derivó de un suceso histórico, en este caso, la ubicación del lugar en donde Malinalxóchitl se asentó. De acuerdo con algunas fuentes, ese lugar fue en el cerro de Texcaltepec.

La elevación de Texcaltepec,⁷ en el Estado de México, es conocida por los locales como el cerro de los Ídolos y es donde se ubica la zona arqueológica de Malinalco. Por asociación metonímica, es más probable que el asiento de Malinalxóchitl, así como el nacimiento de su hijo Cópil se haya dado en este sitio. Recordemos que el padre de Cópil era un rey de Malinalco.

Regresemos a tierras hidalguenses. Si nos atenemos a lo propuesto por López y Fournier (2009) respecto de que la escultura mutilada del cerro del Elefante pudiera aludir a Cópil, valdría preguntarse si acaso esta elevación podría dar cuenta del Texcaltepec mítico. Una referencia concerniente a esta última idea la ofrece otro registro, ahora de la *Relación de Atengo*: “En los cerros más altos del área de Atengo y Mixquiahuala (cerca de Tula, en el actual estado de Hidalgo), los indígenas tenían sus templos y los visitaban cada veinte días, por la noche, con ofrendas de copal para los dioses que allí residían; luego bajaban y se integraban a la fiesta y bailes que los principales y macehuales hacían en la comunidad” (Acuña, 1985: 34).⁸

Es importante mencionar que los nombres de Texcaltepec y de Texcatepec no pueden homologarse. En primera instancia, Texcaltepec da cuenta de un cerro pedregoso, agrietado, que recuerda la topografía accidentada sobre la que se asentó Malinalco. Por su parte, Texcatepec pudo derivarse de la palabra “tezcatepec”, pero su significado sería muy distinto: “cerro del espejo”. Estas nociones lingüísticas son importantes, porque podríamos estar frente a dos cerros distintos. No obstante, y como veremos después, las evidencias arqueológicas detectadas en las inmediaciones del cerro del Elefante aluden a algunos mitos de origen de la colectividad mexica, por lo que independientemente de que el cerro del Elefante u otros asentamientos cercanos correspondan o no con el aposento de Cópil, sí reflejan parte de los acontecimientos que se derivaron en esas épocas primigenias.

La evidencia arqueológica

De acuerdo con la sugerente propuesta de Yamil (2014), el mítico Coatepec podría ser el actual cerro Hualtepec,

⁶ Es precisamente en el cerro Coatepec donde se da el mito de origen de Huitzilopochtli. Su madre, Coatlicue, vivía en la cima de la elevación. Era madre de los llamados centzonhuitznahua, quienes tenían a una hermana llamada Coyolxauhqui. Un día, mientras Coatlicue barría, una pequeña pluma flotante llegó a su vientre, embarazándola. Los hijos, celosos de esta deshonra, decidieron matar a su madre, azuzados por Coyolxauhqui. Antes de que mataran a Coatlicue, nació Huitzilopochtli, encendió una culebra con fuego, llamada xihcōatl, y despedazó con ella a Coyolxauhqui. Similar destino corrieron los centzonhuitznahua. Según las crónicas, algunos de los sobrevivientes fueron a parar a un lugar llamado Huitztlampā (Sahagún, 1977).

⁷ En náhuatl, “cerro pedregoso con grietas” (Bertina Olmedo, 2017, comunicación personal).

⁸ Muchas poblaciones adyacentes al cerro del Elefante adjudican la elevación al municipio de Mixquiahuala de Juárez, cuando en realidad ésta le pertenece a las localidades de Tunititlán y Texcatepec, integradas al municipio de Chilcuautla.

ubicado en el municipio de Huichapan, Hidalgo. En efecto, las fuentes históricas que dan cuenta de la peregrinación mexicana mencionan este cerro “como cercano a Tula”; de la misma forma se mencionan diferentes locaciones en las que los seguidores de Huitzilopochtli fueron parando antes de llegar al “cerro de la serpiente”. En efecto, antes de llegar al Coatepec, en diferentes fuentes se cita el nombre de Ocozacapan. De acuerdo con Yamil (2014: 250), “a menos de 13 km al sureste del Hualtepec existe una población llamada San Bartolo Ozocalpan que pudo haber derivado del Ocozacapan que menciona Kirchoff”. Otra población mencionada en las fuentes es Acahualtzinco, que puede relacionarse con las poblaciones actuales de Tecozautla, Huichapan y San José Atlán (Yamil, 2014: 251).

Sin embargo, la evidencia arqueológica detectada en el cerro Hualtepec fortalece aún más la hipótesis manejada, ya que en la cima de la elevación se hallan construcciones interesantes, con “dos conjuntos de estructuras conectados en los extremos de una calzada de 400 m en orientación norte-sur” (Yamil, 2014: 261). En el montículo sur se halló una escultura policroma: “El detalle más relevante de esta escultura es un cuerno en la parte superior y frontal de su cabeza, el cual coincide con la imagen de la Xiuhcoatl, la serpiente que enciende Huitzilopochtli en el cerro Coatepec” (Yamil, 2014: 263).

Las metonimias arqueológicas con los mitos locacionales de la morada de Huitzilopochtli son dignas de resaltar, por lo que la propuesta hasta el momento seguida puede considerarse como plausible, hasta que se demuestre, empíricamente, lo contrario. Yamil (2014: 253) también menciona que al noroeste del Hualtepec existe una presa “cuyo origen se desconoce, pero los pobladores afirman que data de hace mucho y que antaño llegaban aves migratorias”. En las fuentes se ha asentado que Huitzilopochtli ordenó la construcción de una presa abajo del Coatepec. Precisamente esas investigaciones fueron las que orillaron a López Aguilar y a Fournier (2009: 136) a postular al respecto lo siguiente:

Otro cerro, conocido como Tuni o del Elefante, llevaba por nombre Tezcatepec, como la comunidad que se encuentra en la ladera noroeste. De acuerdo con las tradiciones locales ahí tuvo su asiento la fortaleza que construyó Cópil para guerrear con su primo Huitzilopochtli, atrincherado en el Coatepec [...] En su cima existe un recinto encerrado con varias estructuras arquitectónicas y se encontró una escultura de un personaje masculino con un hueco en el pecho donde debería ir alguna incrustación, que bien pudiera ser la representación del propio Cópil.

Es necesario hacer algunas precisiones. La primera tiene que ver con la diferencia entre Texcaltepec y

Texcatepec, pues las fuentes únicamente mencionan a la primera elevación. En segunda instancia, Ricardo Martínez no se aventura a decir que la escultura mutilada pudiera ser la representación de Cópil, sino que la conjetura se propuso después. Finalmente, Cópil no es primo de Huitzilopochtli, sino su sobrino, en tanto que el conflicto definitivo entre esos dos personajes se suscita en Tepetzinco, después del estado de sitio que enfrentaron los mexicanos en Chapultepec, todo ello de acuerdo con lo asentado en las fuentes históricas.

Ahora bien, si el Coatepec mítico es el Hualtepec, ¿qué papel tuvo en la geopolítica local el emplazamiento de Texcatepec? La cuestión es dilucidar si el asentamiento de la cima del cerro del Elefante corresponde al mítico Texcaltepec de las fuentes o si este emplazamiento se halla en otro lugar, como Malinalco. De hecho, el cerro del Elefante se encuentra localizado dentro de la localidad de Tunititlán, en tanto que la comunidad que sigue con rumbo norte es la de Texcatepec. No obstante, este último sitio presenta varias elevaciones, tanto al este como al oeste. Texcatepec colinda al suroeste con la localidad de Huitexcalco de Morelos, región en la que se hallan algunas elevaciones parcialmente recorridas por el autor de estas líneas; a decir de la gente local de Huitexcalco, en el pasado el territorio de Texcatepec abarcaba hasta esas latitudes (Kugel y Martínez, 2015: 178-181). Por otro lado, en el margen noreste de Texcatepec se encuentra una mesa ya casi agotada por la extracción de arena. Sin embargo, al norte de la misma se halla uno de los sitios arqueológicos más importantes de la región: Mesa Tandhé, también construido sobre una mesa, pero perteneciente a la localidad de El Tandhe. Así las cosas, ¿dónde pudo haberse construido el refugio de Malinalxóchitl y de su hijo Cópil?

Los sitios de la región oeste de Texcatepec

Durante 2015 y 2016 se practicaron recorridos de superficie de cobertura total a partir de las laderas del cerro Motandhó, en la localidad de Santa María Bathá, con rumbo norte. Se recorrieron también otras elevaciones adyacentes al Motandhó, cruzando la localidad de Tepeitic para llegar a Huitexcalco de Morelos. Como resultado de esas labores se identificaron diferentes sitios arqueológicos. Para efectos de este trabajo, únicamente se mencionarán los emplazamientos detectados en las cimas de las elevaciones, pues otros sitios fueron descubiertos en las laderas bajas del Motandhó y de la elevación adyacente; estas últimas consistieron de caseríos de temporalidad tolteca. Además, cerca de estas elevaciones se halló una representación gráfico rupestre, pero su temporalidad debe ser mucho más temprana.

Motandhó, La Kiva Azteca y Oshca fueron los sitios más importantes. Los tres constan de un conjunto de alineamientos desperdigados en sus laderas medias. Se tratan de conjuntos de terrazas agrícola-residenciales; sin embargo, en las cimas se detectaron los restos de algunos adoratorios. A partir de la cerámica recuperada puede inferirse que se trata de construcciones posclásicas, pues los escasos tipos hallados consisten de materiales mexicas: Azteca Anaranjado, Monocromo, Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado y Texcoco Negro sobre Rojo, mientras que los materiales toltecas fueron casi nulos. Por ejemplo, en el adoratorio de la cima del Motandhó —ubicado entre las coordenadas 470771 E y 2237727 N, a una altitud de 2 213 metros— se recolectaron algunos fragmentos erosionados de vasijas *uema*, versión local de las vasijas tipo Tláloc depositadas como ofrendas propiciatorias en diferentes elevaciones del México central (Fournier, 2012) (figura 17).

El Xicote, otro sector del sitio de Motandhó, caracterizado por la existencia de una profusa cantidad de terrazas agrícola-habitacionales, presentó un total de 163 fragmentos cerámicos, muchos de los cuales debieron haber sido arrastrados desde las partes altas de la elevación. Sus porcentajes fueron Azteca Anaranjado Monocromo 59.5%; Azteca II 14.72%; Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado 1.22%; Texcoco Rojo Monocromo 3.06%; Texcoco Negro y Blanco sobre

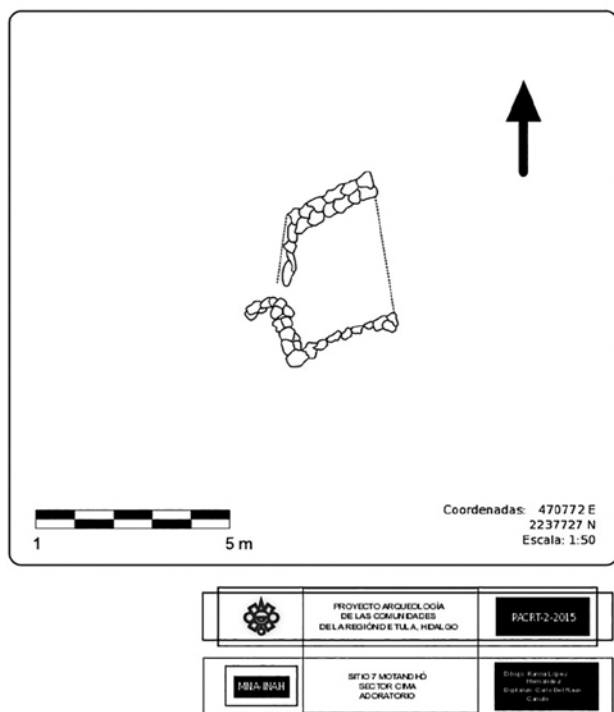


Fig. 17 Adoratorio mexica detectado en la cima del cerro Motandhó. Fuente: PACRT, digitalizado por Carlo del Razo.

Rojo 1.22%; Texcoco Negro sobre Rojo 1.22%; Texcoco Blanco Fugitivo 0.6%; Soltura Rojo Alisado 3.68%; Jara Anaranjado Pulido 0.6%; Ira Anaranjado Sellado 0.6%; Café liso sin nombre formal 0.6%; Grupo Café Quemado 11.04%, y Grupo Café Monocromo 1.84%. Así, los materiales mexicas representaron un 81.54% de los hallazgos, en tanto que los toltecas, un 18.36% (figura 18).

La Kiva Azteca, ubicada en las coordenadas 470512 E y 2238578 N, a una altitud de 2 187 metros, presentó el mismo patrón que el Motandhó: terrazas agrícolas-residenciales en las laderas y construcciones más complejas en su cima. Nuevamente se detectaron tiestos cerámicos correspondientes al apogeo mexica (loza anaranjada monocroma y negro sobre anaranjado, así como la roja bruñida Texcoco) y muy pocos fragmentos toltecas, en tanto que las construcciones constaron de cuartos, presumiblemente habitacionales, algunos de planta rectangular y otros circulares, de ahí el nombre del emplazamiento (figuras 19 y 20).

El fechamiento relativo del sitio se sitúa mayoritariamente para el Posclásico tardío. Se analizaron 474 tiestos cerámicos: Cardonal Rojo Moldeado 2.74%; Azteca Anaranjado Monocromo 59.70%; Azteca I 1.26%; Azteca III Tardío Negro sobre Anaranjado 0.84%; Texcoco Rojo Monocromo 4%; Texcoco Negro sobre Rojo 3.58%; Meztlán Negro sobre Crema 2.10%; Grupo Sillón 0.42%; Sillón Inciso 0.21%; Rebato Rojo Pulido 1.26%; Jara Anaranjado Pulido 1.89%; Proa Crema Pulido 4.85%; Soltura Rojo Alisado 3.37%; Tollan Inciso 0.21%; Ira Anaranjado Sellado 0.21%; Manuelito Café Liso 0.63%; Abra Café Burdo 1.47%; Grupo Pastura 0.21%; Anaranjado Delgado 0.21%; No Identificado 6.96%, y Erosionados con un 2.95% (figura 21).

Por último, Oshca cumplió con el patrón previo: terrazas en sus laderas, en tanto que en su cima algunas construcciones en precario estado de conservación. Sin embargo, la cima de Oshca no presentó alineamientos muy claros que pudieran identificarse como adoratorios. En su caso, la cima presentó borrosos

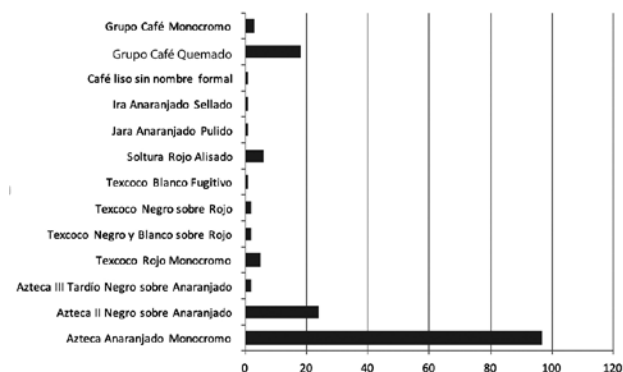
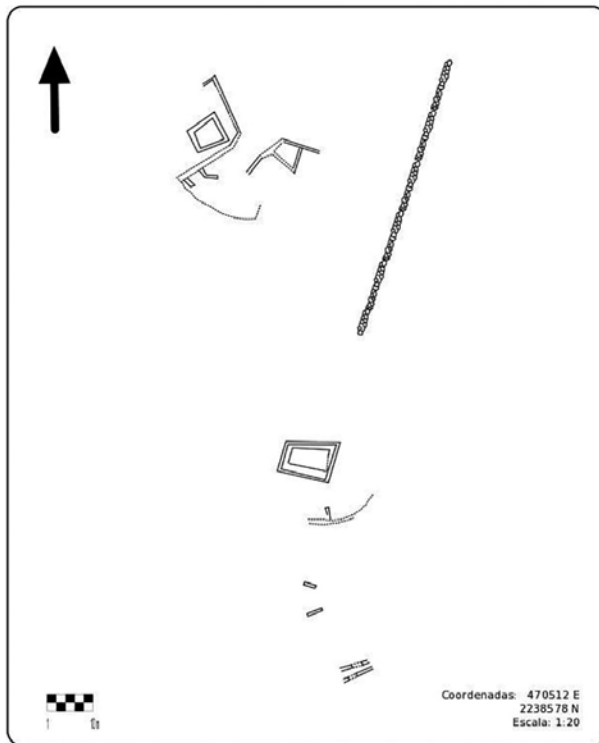
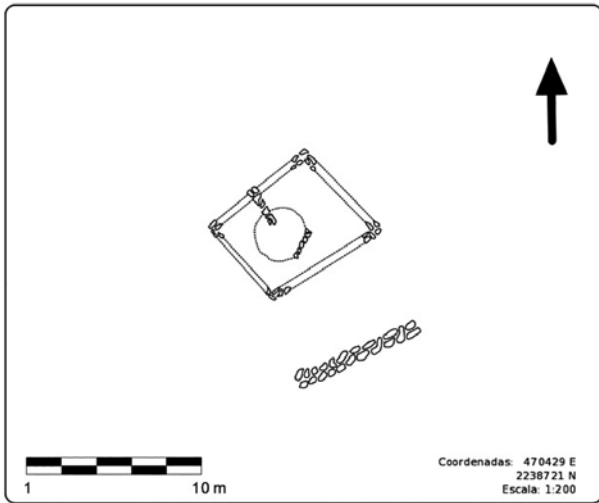


Fig. 18 Frecuencia de tipos cerámicos, sector Xicote, sitio Motandhó. Fuente: elaboración propia.



Figs. 19 (arriba) y 20 (abajo) Terrazas y estructuras habitacionales detectadas en la Kiva Azteca. Fuente: PACRT, digitalizado por Carlo del Razo.

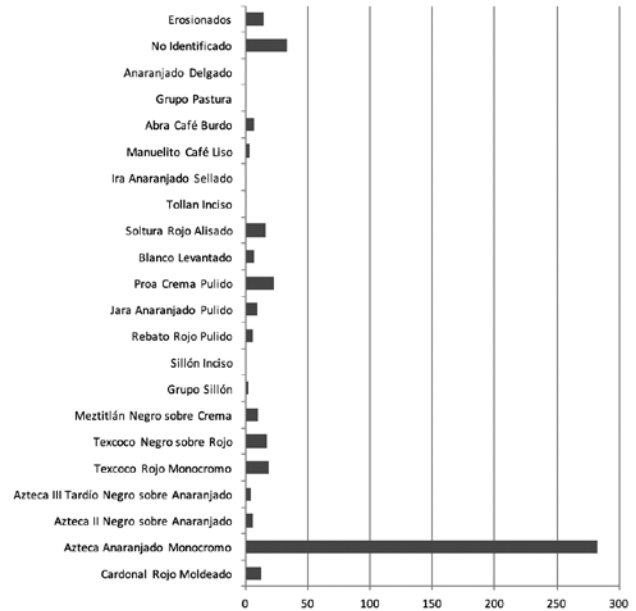


Fig. 21 Frecuencia de tipos cerámicos, sector Central la Kiva Azteca. Fuente: elaboración propia.

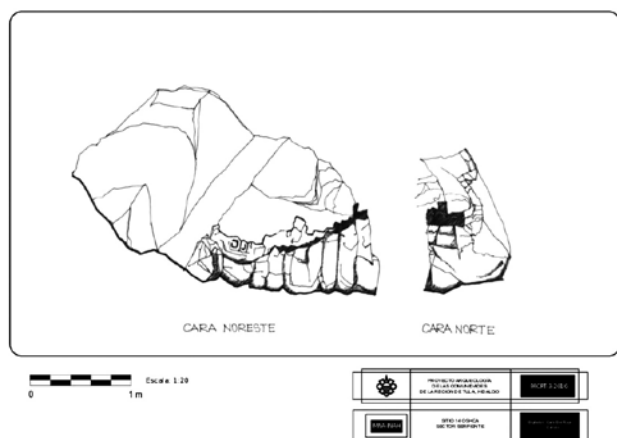
alineamientos y unas peñas naturales que, viéndolas desde abajo, daban la impresión de formar un recinto amurallado. Los materiales cerámicos fueron casi nulos, con tres fragmentos del tipo Azteca Anaranjado Monocromo, en tanto que otros cuatro se hallaban completamente erosionados. Sin embargo, cerca de la cima se detectó un sector importante, denominado serpiente, y ubicado entre las coordenadas 469928 E y 2240296 N, a una altitud de 2275 metros. Ahí, se identificó una escultura monumental que seguramente fue la representación de una *xiuhcóatl*. Lamentablemente, sólo se conservaron los crótalos inferiores del ofidio, ya que la roca de andesita sobre la que se manufacturó la entidad fantástica sufrió paulatinos desgajes y exfoliaciones. A pesar de ello se obtuvo el registro gráfico de la misma, por lo que se pudo inferir el arranque de la mitológica trompa de la serpiente de fuego (Castillo y Olmedo, 2016) (figuras 22 y 23).

La escultura se encontraba adosada a una pequeña plataforma, bastante destruida por los procesos erosivos; sin embargo, lo que llama la atención es que el bloque de roca únicamente fue trabajado en su parte externa, misma que se encuentra orientada exactamente a 90°, esto es, al este (figuras 24 y 25). Precisamente en esa misma dirección, aproximadamente a siete kilómetros, se encuentra el mítico cerro del Elefante, en la localidad de Tunititlán (véase figura 2, con la ubicación de los sitios).

El común denominador de los tres sitios radica en que las evidencias detectadas en la cima de las elevaciones se encuentran en precario estado de conservación, pues la erosión ha mermado la profundidad



Fig. 25 Parte posterior de la escultura. Nótese que al fondo se aprecia el cerro del Elefante. Fotografía: Stephen Castillo Bernal; levantamiento de Ricardo Cruz.



Figs. 22 (arriba) y 23 (abajo) Escultura de *xiuhcōatl* detectada en la cima de Oshca. Fotografía: Stephen Castillo Bernal; levantamiento de Ricardo Cruz.

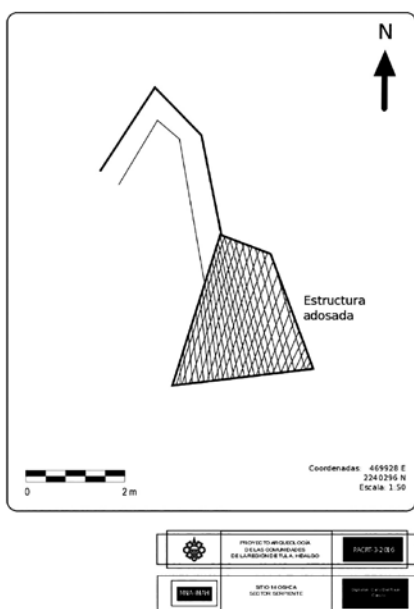


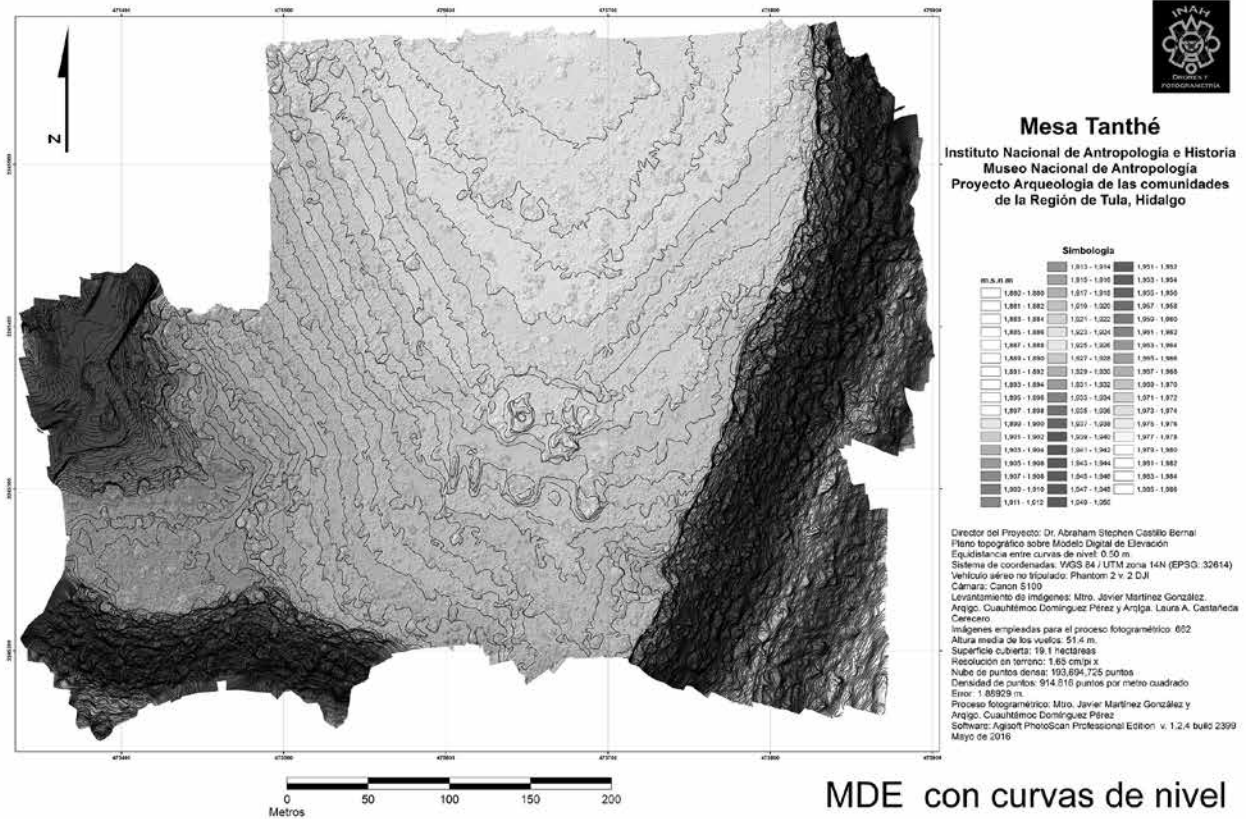
Fig. 24 Croquis de la plataforma adosada a la escultura. Fuente: PACRT, digitalizado por Carlo del Razo.

de los depósitos, lo cual torna difícil plantear una excavación estratigráfica. Sin embargo, los materiales cerámicos recuperados en superficie permiten postular que la cronología tentativa de las ocupaciones data del Posclásico tardío (1200-1521 d.n.e.). No se detectaron muchas construcciones habitacionales en las partes altas de los cerros, sino que en las cimas únicamente se hallaron adoratorios. En las laderas se observaron terrazas que quizá albergaron algunas construcciones habitacionales. Ello quiere decir que las cimas únicamente estaban dedicadas para la celebración de actividades rituales o para el depósito de ofrendas.

Mesa Tandhé

Al noreste de la comunidad de Texcatepec, aproximadamente a tres kilómetros y medio, se encuentra la localidad de El Tandhé. Ahí se ubica una pequeña mesa en cuya cima se haya el emplazamiento arqueológico más importante de la región: Mesa Tandhé, entre las coordenadas 475645 E y 2245340 N, a una altitud de 1974 metros. Este sitio, registrado en 2015 por el autor, contiene una arquitectura monumental con diferentes estructuras cívico-ceremoniales y habitacionales (figuras 26 y 27).

La recolección de materiales de superficie, sobre todo los cerámicos, ha permitido establecer la temporalidad del sitio dentro del Epiclásico y el Posclásico temprano, pues existen tiestos correspondientes a la esfera cultural Coyotlatelco, además de que se encuentra presente gran parte de la loza de la fase Tollan (Cobean, 1990, 2007). Si bien existen algunos fragmentos cerámicos correspondientes al Posclásico tardío, resultan poco significativos en las muestras de superficie. La complejidad arquitectónica del lugar contrasta con los sitios arqueológicos de la región, incluyendo las evidencias de la cima del cerro del Elefante. Esta conjetura se refuerza con la profusa



MDE con curvas de nivel

Fig. 26 Modelo digital de elevación del sitio Mesa Tánthé. Nótese las estructuras monumentales en la parte central de la mesa. Fuente: PACRT.

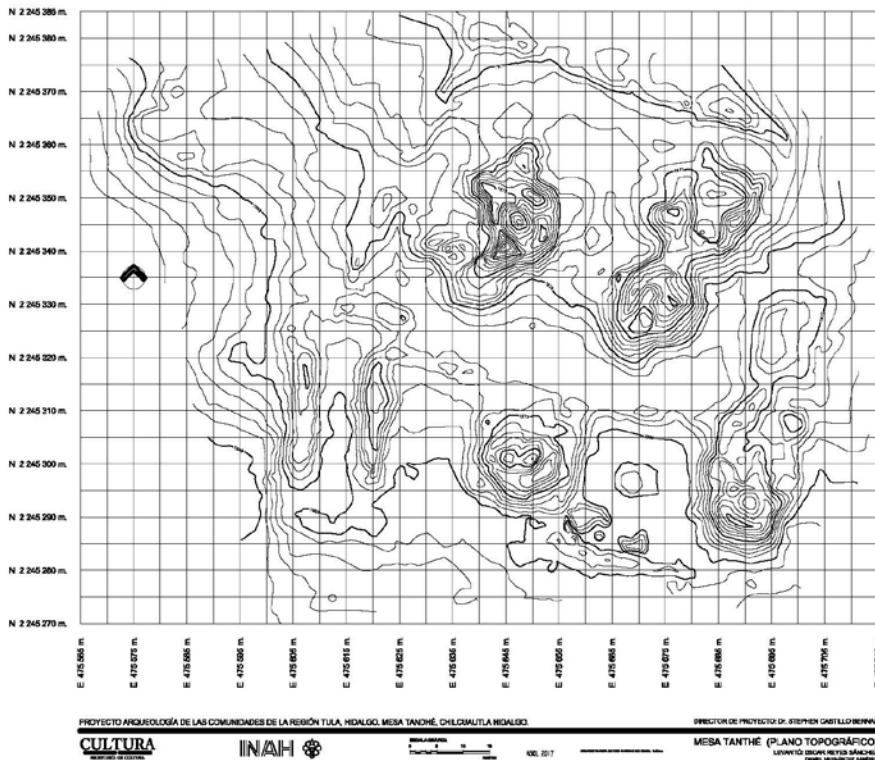


Fig. 27 Levantamiento topográfico parcial del área de monumentos de Mesa Tánthé. Fuente: PACRT.

cantidad de materiales arqueológicos en superficie; la complejidad arquitectónica de sus construcciones; las redes de intercambio, evidenciadas con la detección de lozas provenientes del Soconusco chiapaneco y de la península de Nicoya en Costa Rica, con fragmentos de vasijas tipo Plumbate o Nicoya Policromo (Shepard, 1948; Diehl *et al.*, 1974; Fahmel, 1988), así como con la vista estratégica que permitía a sus pobladores vislumbrar la región circundante. Por tanto, es casi un hecho que ese sitio se fundó durante el Epiclásico (650-900 d.n.e.) y su uso continuó durante el auge tolteca (900-1100 d.n.e.). Por ello considero que el sitio fue uno de los centros secundarios más importantes del antiguo Estado tolteca, y que allí se recabaron los tributos de las comunidades rurales adyacentes para canalizarlos a la sede de los atlantes (figuras 28 y 29). Todas estas dudas cronológicas, así como la complejidad social que alcanzaron los antiguos pobladores de Mesa Tandhé, comenzarán a ser abordadas con las excavaciones que comenzaron en 2017.



Fig. 28 Cara oeste de la Estructura I de Mesa Tandhé. Fotografía: Stephen Castillo Bernal.



Fig. 29 Restos de muro “toltec small stone technique”, detectado en la estructura contigua a la I. Estos muros son característicos del periodo tolteca, entre el 900 y 1100 d.C. Fotografía: Stephen Castillo Bernal.

Como el lector habrá notado, existen dos posibles sitios en los que pudo haber radicado Cópil, el hijo de Malinalxóchitl —si es que el Texcatepec de las fuentes corresponde al Texcatepec hidalguense—: el cerro del Elefante o Mesa Tandhé. Entonces llegamos de nueva cuenta al inicio del ensayo, ¿a quién representaba la escultura hallada en la Iglesia Vieja del cerro del Elefante?

¿Es o no es? Comentarios finales

Los dos emplazamientos con arquitectura monumental en la región de Texcatepec propician que se piense en la existencia del bastión en el que creció Cópil. A su vez, los sitios mexicanos detectados en la parte oeste del cerro del Elefante, destacando Oshca y su probable *xiuhcōatl*, que mira hacia el Elefante, reafirman la idea de López y Fournier (2009) de que en la cima de los cerros de la región de Tula, durante el Posclásico tardío, las evidencias arquitectónicas y artefactuales se relacionan con mitos primigenios de tradición nahua. Así, la serpiente que mira hacia el “probable asiento de Cópil” puede relacionarse con el suceso mítico del nacimiento de Huitzilopochtli o con el enfrentamiento que posteriormente tendría con los centzonhuitznahua; o también con el enfrentamiento que celebró con Cópil en Chapultepec.

Desde mi punto de vista, la escultura no puede ser concebida como una representación de Cópil por varias razones. En primera instancia, el personaje carece de su cabeza. Muchos pobladores de Tunititlán han contado que la cabeza original la tiene “un doctor de Progreso de Obregón”. Otros sujetos han dicho que parientes suyos, hace mucho tiempo, encontraron esculturas de piedra verde y de basalto, pero que misteriosamente “se han perdido”. La ausencia del rostro del personaje es crucial, pues sin ella es difícil reconocer la identidad del personaje, ya que podría incluso ser una mujer y no un varón, pues algunas diosas mexicas guerreras portan *máxtlatl*, al igual que la vestimenta del personaje de la Iglesia Vieja. Además, es necesario considerar que la escultura fue desacralizada, “matándola”. Si ello es así, ¿la cabeza la tendría alguna persona de las localidades o fue retirada desde épocas arcanas?

Así las cosas, el personaje podría tener varias identidades. Podría ser Cópil, una mujer o incluso un centzonhuitznahua (Bertina Olmedo, 2017, comunicación personal). Ahora bien, todas estas hipótesis se sustentan en el hecho de que la morada de Malinalxóchitl y de su hijo se haya edificado en el Texcatepec hidalguense. Recordemos que la *Relación de Atengo y Mizquiahuala* da cuenta de diferentes celebraciones y peregrinaciones hacia la cima del cerro del Elefante, lo cual le otorga una importancia manifiesta e histórica. Empero, ¿qué pasaría si la morada no se encuentra

en el cerro en cuestión? Si ello fuera así, la otra posibilidad recaería en el sitio de Mesa Tandhé. Este último lugar, como se mencionó, presenta una fuerte ocupación tolteca. Sin embargo, el emplazamiento aún no ha sido excavado, por lo que sus materiales de superficie no son nada concluyentes. Empero, existe un curioso patrón. Sabemos que la recolección de superficie es meramente subjetiva, aunado a que los materiales están siendo paulatinamente afectados por diferentes procesos de transformación del registro arqueológico (Schiffer, 1996). Sin embargo, tras llevar a cabo los análisis tipológicos pertinentes se detectó un patrón: la loza menos frecuente es la de tradición mexicana, incluyendo las estructuras monumentales. Esto es importante, al menos en la región, pues los grupos mexicanos prácticamente repoblaron toda el área cultural. Recordemos, por ejemplo, cómo repoblaron el Palacio Quemado de Tula, construyendo sobre él una serie de unidades domésticas. Pero eso, al menos superficialmente, no fue detectado en Mesa Tandhé.

En 2015 se recolectaron 36 tiestos cerámicos en las inmediaciones de la Estructura I de ese sitio. Los materiales aztecas tuvieron 5.55%, mientras que los epiclásicos alcanzaron 16.66%, y finalmente, los toltecas tuvieron 75%. Los restantes materiales no pudieron ser identificados (Castillo *et al.*, 2017). Por su parte, en otro sector del sitio, denominado tentativamente como central, que comprende gran parte de la mesa, se recolectaron 168 fragmentos cerámicos, con las siguientes frecuencias: 16.66% para las colecciones aztecas, 20.83% para las toltecas y 51.19% para los materiales epiclásicos (Castillo *et al.*, 2017). Similares frecuencias de aparición se registran en otras estructuras del sitio.

No obstante, hay que tomar en consideración que fueron pocos los materiales recolectados y que aún falta explorar estratigráficamente los monumentos. A pesar de ello se puede plantear que el sitio tuvo dos importantes momentos de ocupación: uno epiclásico y otro tolteca. No está de más mencionar que los tiestos cerámicos, por lógica, no pueden asemejarse a una entidad viva; en este caso, un artefacto no tiene la cualidad de dar cuenta de un grupo social. La identidad es dinámica, por lo que la cultura material empleada por cada agente social tiene la misma cualidad (Jones, 1997). Empero, las tradiciones cerámicas detectadas en superficie han sido documentadas en gran parte de la literatura arqueológica, correspondiendo a tres periodos bien definidos: Epiclásico (650-900), Posclásico temprano (900-1200) y Posclásico tardío (1200-1521). Es probable que los materiales de superficie correspondan a diferentes momentos cronológicos, esto es, que la fundación del sitio haya sido durante el Epiclásico y que, una vez abandonado, éste haya sido repoblado por grupos toltecas o mexicanos, cuya evidencia estaría re-

presentada por los tiestos cerámicos correspondientes a su apogeo. Además, los materiales de superficie también podrían indicar que en algún momento coexistieron los usuarios de estas lozas en Mesa Tandhé. Lo que sí es un hecho es que, a pesar de que la recolección de superficie es arbitraria, las frecuencias cerámicas se repiten, lo cual debe obedecer a algún patrón cultural, que únicamente podrá dilucidarse a partir de las exploraciones estratigráficas del emplazamiento.

Precisamente esos porcentajes superficiales de materiales cerámicos mexicanos hacen pensar en la existencia de un tabú que les impedía a los actores mexicanos repoblar el sitio. Si se piensa en los beneficios del sitio, como una privilegiada posición geomorfológica, la existencia del río Tula a las faldas de la mesa, así

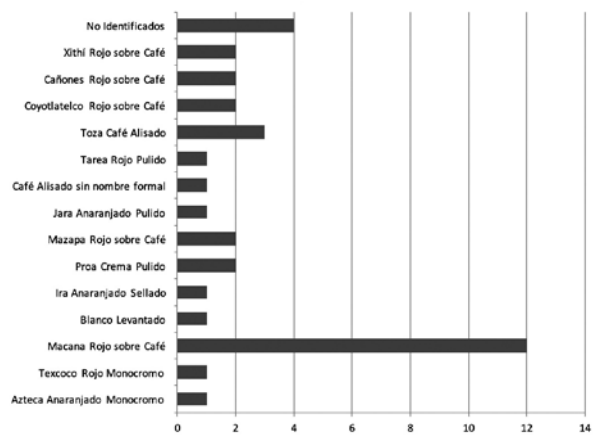


Fig. 30 Frecuencia de tipos cerámicos recuperados en superficie. Estructura I de Mesa Tandhé. Fuente: elaboración propia.

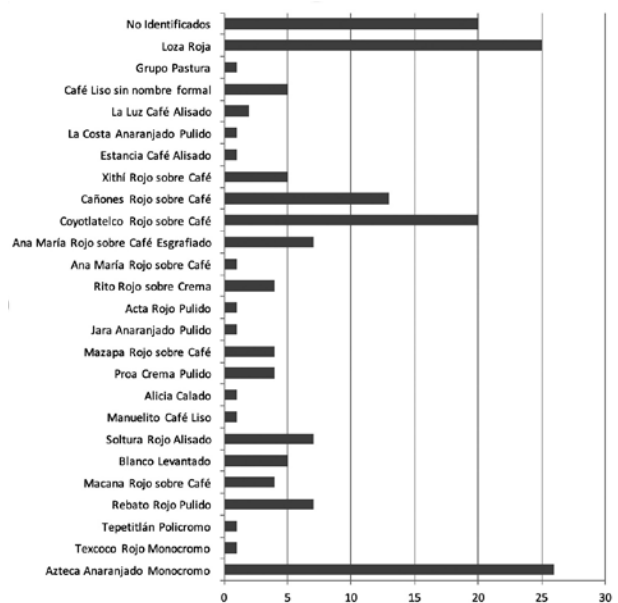


Fig. 31 Frecuencia de materiales cerámicos, sector central de Mesa Tandhé. Fuente: elaboración propia.

como un yacimiento de arena para la construcción de monumentos, es difícil explicar por qué otros grupos no lo repoblaron, sobre todo después del colapso tolteca. Quizá ése fue el verdadero sitio en el que creció Cópil. Quizá tal sitio fue considerado como un emplazamiento tabú y respetado por los mexicas, pues ahí creció el hijo de Malinalxóchitl; aquel que osó enfrentarse al gran Huitzilopochtli y cuyo corazón sirvió para marcar la tierra prometida: la gran Tenochtitlan. Pero ello nos llevaría a otras interrogantes: ¿el sitio de Mesa Tandhé se terminó de edificar antes de la caída de Tula? ¿O acaso las tribus que seguían a Malinalxóchitl coexistieron con los pobladores toltecas originales de esta mesa?

Hasta el momento sigue siendo sugerente la propuesta de Yamil (2014) respecto de la existencia del Coatepec en el cerro Hualtepec. Lo que ahora sigue es dilucidar si el Texcaltepec de las fuentes corresponde al Texcatepec hidalguense. Ya vimos que hay dos sitios que podrían haber fungido como la sede de Cópil. Ambos requieren de exploraciones, sobre todo para esclarecer la secuencia cronológica. Mesa Tandhé, por ejemplo, comenzará a develar sus secretos a partir de los hallazgos que surjan desde 2017, mientras que la cima del cerro del Elefante tendrá que esperar al menos un par de años. Un puntual registro estratigráfico permitiría dilucidar la temporalidad de la escultura. Por mi parte, sigo sosteniendo que la manufactura de la escultura se gestó durante el Posclásico temprano, durante los últimos años del apogeo tolteca. Su estilo es tolteca, pero le otorga un halo a las creaciones mexicas. Entonces, es un estilo de contacto, un estilo generado cuando dos colectividades coexisten durante un tiempo y un espacio. La cuestión es empatar la historia mítica con las evidencias arqueológicas. Esto es difícil, pues la historia tiende a maximizar ciertos eventos y ocultar otros. Además, la historia mítica no necesariamente debe corresponder con la realidad. Por ello mismo, la historia debe ser leída con cautela y como investigadores no debemos acusar un verificacionismo, donde se desee forzar las evidencias arqueológicas para que corroboren los sucesos escritos. Así, para dilucidar si las historias plasmadas en los documentos son fidedignas, es menester emprender un ejercicio arqueológico crítico que hable a partir de la evidencia material. De lo contrario se operará de una manera deshonesto, intelectualmente hablando.

Quizá algún día, el mítico poblador que custodia la cabeza del monolito la devuelva a la gente de Tunititlán. Ésa sería una forma sencilla para esclarecer la identidad del personaje. La otra opción, más laboriosa aún, consiste en el despliegue de los trabajos de excavación en los sitios de Mesa Tandhé y del cerro del Elefante. A final de cuentas, excavar es como abrir una caja de Pandora: uno nunca sabe lo que se va a

encontrar. La labor, por supuesto, es excavar registrando puntualmente todo y entregando los informes pertinentes. Sólo así podríamos postular cuál de estos dos sitios fue el cerro de Cópil (si es que éste existió en la zona de estudio, pues sigo inclinándome por las evidencias de Malinalco), y si en verdad esta escultura da cuenta de un personaje mítico o histórico, pues hasta el momento no hemos pensado en la posibilidad de que el sujeto de la lápida dé cuenta del dignatario principal del cerro del Elefante.

Unas últimas observaciones. El hecho de que el asiento verdadero de Cópil y de su madre sea el sitio de Malinalco, en el Estado de México, no le resta importancia al estudio. Lo anterior se sustenta en que, como advirtieron López Aguilar y Fournier (2009), en las cimas de los cerros de la región del Valle del Mezquital, para el Posclásico Tardío, existen evidencias arqueológicas que demuestran la celebración de rituales de rememoración de mitos nahuas originarios. Bajo ese razonamiento es también factible que los sitios arqueológicos mencionados no hayan sido la morada objetiva de las huestes de Malinalxóchitl o de Cópil. Sin embargo, quizás esos sitios y su cultura material rememoraban los mitos primigenios mexicas: el triunfo de Huitzilopochtli contra su hermana Coyolxauhqui, el surgimiento de la *xiuhcōatl*, la osadía y la derrota definitiva de Cópil. Como ya se indicó, la única forma de resolver estos enigmas es comparar objetivamente lo que las fuentes escritas dicen y lo que uno reconstruye de los contextos arqueológicos. Sin lugar a dudas estos mitos primigenios nahuas, plasmados en la arquitectura o en la escultura, pueden abonar en un mejor entendimiento de la región, desde el desarrollo y colapso tolteca, hasta el surgimiento del imperio mexica.

Bibliografía

Acosta, Jorge

- 1943 Los colosos de Tula. *Cuadernos Americanos*, XII (6), pp. 138-146.
- 1956 Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950. *Anales del INAH* (37): 37-115.
- 1957 Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo. durante las IX y X temporadas, 1953-1954. *Anales del INAH* (38): 119-169.

Acuña, René (ed.)

- 1985 Relación de Atengo y Mizquiahuala. En *Relaciones geográficas del siglo XVI: México* (t. 1, pp. 27-40). México, UNAM.

Alvarado Tezozómoc, Hernando

1944 *Crónica mexicana*. México, Leyenda.

Castillo, Stephen, y Olmedo, Bertina

2016 *El cosmos y sus espejos. El tezcacuitlapilli entre los toltecas y los mexicas*. México, Ediciones del Museo Nacional de Antropología-INAH.

Castillo, Stephen, Razo, Carlo del, Rodríguez, Josué, y Alonso, Saúl

2014 Proyecto Arqueología de las Comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la primera temporada de campo, 2014. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

Castillo, Stephen, Rodríguez, Josué, Alonso, Saúl, y Razo, Carlo del

2015 Proyecto Arqueología de las Comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la segunda temporada de campo, 2015. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

Castillo, Stephen, Alonso, Saúl, Rodríguez, Josué, Razo, Carlo del y García, Alan

2017 Proyecto Arqueología de las Comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la tercera temporada de campo, 2016. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

Cobean, Robert

1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. México, INAH (Científica, 215).

2007 La alfarería tolteca. En Beatriz Merino Carreón y Ángel García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México Antiguo IV: Del Clásico tardío al Posclásico y secuencias regionales* (pp. 57-75). México, INAH (Científica, 504).

Cobean, Robert, Jiménez, Elizabeth, y Mastache, Guadalupe

2012 *Tula*. México, Colmex / FCE.

Comisión Nacional del Agua (Conagua) y British Geological Survey (BGS)

1998 *Impact of Wastewater Reuse on Groundwater in the Mezquital Valley, Hidalgo State, Mexico*. Londres / México, British Geological Survey / School of Hygienic and Tropical Medicine-University of Birmingham / Conagua.

Dahlgren, Bárbara, Pérez-Rocha, Emma, Suárez Díez, Lourdes, y Valle, Perla

2009 [1982] *Corazón de Cópil*. 2ª ed. México, INAH.

Diehl, Richard, Lomas, Roger, y Wynn, Jack

1974 Toltec trade with Central America. New light and evidence. *Archaeology* 27 (3): 182-187. Boston, Archaeological Institute of America.

Durán, Diego (fray)

1967 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*. Vol. 2. México, Porrúa (Biblioteca Porrúa de Historia, 37).

Fahmel, Bernd

1988 *Mesoamérica tolteca. Sus cerámicas de comercio principales*. México, IIA-UNAM.

Fournier, Patricia

2007 *Los hñähñü del Valle del Mezquital: maguey, pulque y alfarería*. México, ENAH-INAH/ Conacyt.

2012 Los otomíes o ñähñü en la época prehispánica. En Lourdes Báez, Gabriela Garret, David Pérez, Beatriz Moreno, Ulises Fierro y Milton Hernández (coords.), *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico* (pp. 101-122). México, INAH / Gobierno del estado de Hidalgo.

Fournier, Patricia, y Bolaños, Victor H.

2000 Proyecto Distrito Alfarero del Valle del Mezquital. Informe de la quinta temporada de campo, 1999-2000. Informe inédito. Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, México.

Fournier, Patricia, y Martínez, Maira

2010 El modo de vida precolombino de los otomíes de la región de Tula. En Natalia Moragas y Manuel Morales (coords.), *Arqueología y patrimonio en el Estado de Hidalgo* (pp. 175-226). Pachuca, UAEH.

Fuente, Beatriz de la

1990 Retorno al pasado tolteca. *Artes de México* (7): 36-53.

Fuente, Beatriz de la, Trejo, Silvia, y Gutiérrez, Nelly

1988 *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*. México, IIE-UNAM.

Hernández, Carlos

2010a La cihuateteo del cerro del Elefante. Recuperado de: <<https://issuu.com/urieloflores/docs/la-cihuateteo>>, consultada el 15 de agosto de 2018.

2010b La estela azteca-otomí del Cerro del Elefante, Chilcuautla, Valle del Mezquital. Recuperado de: <https://issuu.com/urieloflores/docs/la_estela_azteca>, consultada el 15 de agosto de 2018.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)

- 1992 *Síntesis geográfica del estado de Hidalgo*. México, INEGI.
- 2009 *Prontuario de información geográfica municipal de los Estados Unidos Mexicanos. Chilcuautla, Hidalgo, Clave geoestadística 13019*. México, INEGI.

Jiménez, Elizabeth

- 1998 *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*. México, INAH (Científica, 364).
- 2010 *Sculptural-Iconographic Catalogue of Tula, Hidalgo: The Stone Figures*. Reporte para Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc (FAMSI). Recuperado de: <<http://famsi.org/reports/07027/>>.

Jones, Siân

- 1997 *The Archaeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*. Londres, Nueva York, Routledge.

Kugel, Verónica, y Martínez, Pedro (coords.)

- 2015 *Chilcuautla. Reflejo de la historia de México: Valle del Mezquital, Hidalgo*. México, Conaculta / Instituto Humboldt / Centro de Documentación y Asesoría Hñähñu.

López Aguilar, Fernando, y Fournier, Patricia

- 2009 Espacio, tiempo y asentamientos en el Valle del Mezquital: un enfoque comparativo con los desarrollos de William T. Sanders. *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, 16 (47): 113-146. México, INAH.

López Austin, Alfredo, y López Luján, Leonardo

- 2001 El chacmool mexicana. *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien. Hommage à Georges Baudot (76-77)*: 59-84. Toulouse, IPEALT / Université de Toulouse-Le Mirail.

López Luján, Leonardo

- 2006 *La Casa de las Águilas. Un ejemplo de la arquitectura religiosa de Tenochtitlan*. 2 vols. México, FCE / Moses Marc / Conaculta / INAH / FCE.

Martínez, Ricardo

- 1989 Informe técnico del rescate arqueológico efectuado en el cerro de El Elefante, Tunititlán, Hidalgo. Archivo Técnico de la Sección de Arqueología del Centro Regional Hidalgo, INAH, Pachuca.

- 1994 Un rescate en el cerro del Elefante, Tunititlán, Hidalgo. En Enrique Fernández (coord.), *Simposium sobre arqueología en el estado de Hidalgo, trabajos recientes, 1989* (pp. 143-149). México, INAH (Científica, 282).

Mastache, Guadalupe, y Crespo, Ana María

- 1974 La ocupación prehispánica en el área de Tula, Hgo. En Eduardo Matos (coord.), *Proyecto Tula. Primera Parte*. México, INAH (Científica, 15), pp. 71-103.

Mastache, Guadalupe, Cobean, Robert, y Healan, Dan

- 2002 *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*. Boulder, University Press of Colorado.

Olmedo, Bertina

- 2001-2002 Una escultura de Xilonen en Jilotepec, Estado de México. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (XLVII-XLVIII): 47-68. México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Sahagún, Bernardino de (fray)

- 1977 *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Ed. de Ángel María Garibay. México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 10).

Schiffer, Michael

- 1996 [1987] *Formation Processes of the Archaeological Record*. Salt Lake City, University of Utah Press.

Shepard, Ann

- 1948 *Plumbate. A Mesoamerican Trade Ware*. Washington, Carnegie Institution of Washington.

Umberger, Emily

- 2007 Historia del arte e Imperio azteca: la evidencia de las esculturas. *Revista Española de Antropología Americana*, 37 (2): 165-202.

Yamil, Eduardo

- 2014 El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor, una propuesta de ubicación. *Arqueología. Revista de la Coordinación de Arqueología* (47): 246-270.